

Volcán de agua

Luis Ángel Martínez-Nieto

Nunca nadie lo consideró un peligro, ni siquiera lo trataron como tal. Durante muchos años fue conocido como un cerro: era demasiado pequeño para que alguien de verdad pensara que se trataba de un volcán. Muchos en San Lázaro acostumbraban ir de excursión en épocas veraniegas, mi familia incluida; éramos siete los que subíamos, al menos una vez al año, para apreciar la vista de todo el pueblo y, si uno afinaba bien el ojo, también se podía ver el municipio vecino casi desapareciendo en la arista del globo.

Mi abuela solía quedarse en casa debido a que se asedia con facilidad, por tanto, los únicos que disfrutábamos de los claros que el volcán (en ese tiempo cerro) nos ofrecía éramos mi mamá, papá, abuelo, la tía Clara con mis primos Alejandrino y Ricardo, y yo. Alejandrino tendría unos cinco o seis años, mientras que mi primo Ricardo empataba con mi edad, es decir, tenía quince años. Nosotros fuimos los encargados de enseñarle todas las costumbres de la familia a Alejandrino, como recolectar tejocotes de los campos de don Domingo, viajar a las lagunas de Guamulco por algunas ranas para la riquísima sopa de la abuela, y tutelarlo sobre la estricta ofrenda que preparamos en día de muertos, en especial para su padre, quien lleva algún tiempo fallecido. En ese entonces, luego de que el tío Ernesto nos dejara, todos creímos que la abuela sería la siguiente por ser la más grande. Qué errados estábamos.

Luego de que la frustrada erupción pasara y de que la ceniza recubriera gran parte de San Lázaro, los papeles se invirtieron: esta vez, mi abuela fue la que se aventuró en un rescate fallido a las laderas del volcán y, contra todo pronóstico, regresó sana y salva... físicamente hablando. Mi abuelo, en tanto, estuvo removiendo las cenizas de los caminos y auxiliando a las personas que no lograron llegar al albergue. «Hay más personas ayudando allá arriba que aquí abajo. Me quedo», dijo cuando le pregunté por qué no había subido con los demás. La histeria se apoderó de todos aquel día: se extraviaron demasiadas personas, otras murieron por inhalar las cenizas y algunas fueron aplastadas por los escombros de las casas derrumbadas, en especial de las que se construyeron a base de loza y ladrillo. Yo, en cambio, pasé toda la noche hablando con Ricardo para relajar los nervios, más los suyos que los míos, pues yo, no sé cómo, pero ya sabía cuál era el final de toda esa historia y enfrenté el luto tratando de animar a mi primo.

«Estaba subiendo con un algo arrastrando», dijo doña Tere, la vecina de don Domingo, antes de que todos fuéramos desplazados al albergue, incluyendo mi tía, quien se negaba a irse sin su hijo.

En el primer temblor, naturalmente no sabíamos que el volcán se preparaba para hacer erupción, sino que pensamos que se trataba de algo menos inusual. Yo estudiaba en la biblioteca pública cuando sucedió, y recuerdo haber salido tan rápido que olvidé dejar el libro que leía. Ricardo siempre me dijo que se me caerían los ojos de tanto leer, pero a mí me daba igual lo que opinara. Además, las historias de varios cuentos que aprendí le ayudaron a conciliar el sueño la noche en que nos advirtieron sobre la actividad volcánica, noticia que dejó a mi primo preocupado durante dos días. «Te preocupas demasiado», le decía a Ricardo, aunque en el fondo tenía tanto miedo como él.

Mi familia y yo vivimos muy cerca del cerro... ahora volcán, a unas siete casas del camino que conduce a la cima. Si hacía erupción mientras dormíamos, moriríamos por el azufre, y posteriormente seríamos calcinados hasta que nuestros huesos se fundieran y quedáramos irreconocibles. Pero el volcán nunca estalló en el sentido tradicional de la palabra. Bueno, al menos no se convirtió en un Krakatoa, ni San Lázaro se quemó como Pompeya; pero se volvió un infierno para muchos, especialmente para mi familia.

Más tarde, al dejar la casa para refugiarnos en el albergue del pueblo, recordé llevar conmigo el libro hurtado de la biblioteca y lo leí en mi catre hasta que apagaron la luz. Prefería leer porque me aislaba de la preocupación que me causaba la desaparición de mi primo. Esa noche casi nadie pudo dormir, sobre todo mi tía y mi papá, que estuvieron a punto de atravesar las cenizas para regresar a la casa, de no ser porque los uniformados los detuvieron. Cuando finalmente mi padre logró tranquilizar a

la tía Clara y ambos cayeron dormidos, yo me escabullí un rato para saber si aún era divisible el volcán, pero parecería que la noche había acordado bailar con las fumarolas, porque, aun entre la oscuridad, se distinguía un ritmo entre tanto caos. Bailaban al son de la muerte. Yo solo recé porque mi primo estuviera bien.

La última vez que lo vi, según recuerdo, fue ese mismo día, antes de que fuéramos obligados a dejar la casa. Mi papá, como es habitual en él, se preparó para algo como eso desde el segundo temblor. Mamá se desmayó en ese momento por sacudirse la tierra más fuerte que en el anterior sismo, y aunque no le pasó nada grave, de todos modos mi papá se dejó consumir por la angustia y se alistó para una tercera sacudida. Desde esa ocasión nos hizo empacar ropa y cosas de importancia en caso de ser necesario. Un día, mi mamá regresó del mercado avisándonos que doña Tere le había contado que las personas de la presidencia estaban dando un comunicado de alerta por actividad volcánica. «Con razón ha hecho tanto calor», dijo la abuela, como si el volcán despierto afectara en algo a la temperatura. Esa noche papá durmió vestido y con las llaves de la camioneta a la mano en caso de tener que salir rápido.

Me uní a la búsqueda de mi primo al segundo día, cuando las cenizas habían cesado y la emisión de los vapores terminó. Mi tía, mi padre y la abuela volvieron a casa al día siguiente de su desaparición, pero no encontraron nada. Creyeron que tal vez habría regresado allí, pero no fue así. No dudaron ni un segundo en subir al cerro junto con un grupo de rescate amplio al que se sumó don Domingo, pese a su avanzada edad. Claro, los oficiales también ayudaron, pero mi primo no era la única prioridad, y aún resultaba difícil ver algo entre la cortina de niebla y cenizas. No duró mucho la misión, quizá dos o tres horas en las que mi abuela reavivó por completo su instinto maternal y fue la única que no quiso rendirse en buscar hasta que mi padre la trajo casi a rastras.

Honestamente, me siento en parte responsable de su pérdida, porque aquel día, que por cierto era cumpleaños de mi mamá, estábamos celebrando tranquilos hasta que se me ocurrió sacar el tema de una posible erupción de lava, cosa de la cual nadie quiso hablar, exceptuando a Alejandrino, quien se mostró intrigado y entusiasmado ante la situación. Por supuesto, no comprendía nada de lo que estaba pasando, por lo que lo senté en mis piernas y le conté todo lo que había aprendido en mis horas de estudio en la biblioteca; pero no entendió, así que me rendí y terminé por decir una infantilidad: «Tal vez alguien debería ir a echarle agua al volcán para que se calme».

En el tercer día toda mi familia y la mitad de San Lázaro (la otra mitad se encargaba de reestablecer los daños por los derrumbes) participó en la búsqueda de los desaparecidos, incluyendo a mi primo. De esa porción, aquellos que creyeron que seguía vivo, tal vez atrapado bajo algún escombros, buscaron dentro del pueblo, y los que escudriñaban por un cadáver continuaron investigando en los caminos del volcán.

Yo formé parte de los que siguieron lo dicho por doña Tere y me resigné a ya no volver a verlo. De pronto, me surgió la idea de que podría estar en los campos de tejocotes, el único lugar donde nadie había revisado todavía, pero al emprender la marcha me detuvieron las noticias de que lo habían encontrado. Ricardo tuvo la desgracia de ser quien lo encontró. Parecía parte del suelo, cubierto por completo de cenizas, y en su mano sujetaba un carrito de arrastre donde transportaba una cubeta que rodó unos metros más abajo. Nadie se imagina la inocencia que pueden poseer los niños ni el optimismo que acarrean con ellos por naturaleza. Todo tiene solución ante sus ojos. Y no hay que ser adivinos para saber que la cubeta que llevaba era de agua. Agua que, para Alejandrino, estaba destinada a apagar al volcán.



El zapaticas. Identidad propia o esclavo de la moda (2019) Cartón pluma, papel y anilina: Antonio García López

Prohibida su reproducción en obras derivadas.

LUIS ÁNGEL MARTÍNEZ Nieto. Estudiante de sexto semestre en la carrera de Lengua y Literatura Hispánicas de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México. Mesero durante los fines de semana. Inspirado por la literatura de ciencia ficción y los relatos policíacos. Actualmente, se encuentra realizando una tesis sobre la ciencia ficción que se escribe en América Latina.

Recibido: 15 de enero de 2019

Aprobado: 24 de abril de 2019